

# UNA HISTORIA QUE PUEDE REPETIRSE<sup>1</sup>

COM. (R) JOSÉ C. DODORICO

SEGURAMENTE EN 1989 se escuchó un suspiro de alivio en el mundo, especialmente en las regiones asoladas por la guerra subversiva (GS) alentada por el marxismo-leninismo (ML) internacional y cuyo principal centro de comando funcionaba en la URSS. Al desplomarse la infraestructura revolucionaria levantada por los bolcheviques desde que se hicieron cargo del poder en la Rusia zarista (1917), el apoyo político-económico-militar que los comunistas prestaban a los movimientos revolucionarios nacionales comenzó a desaparecer velozmente hasta su total extinción. El mundo, con la inocencia propia de quienes ignoran las raíces de un problema, imaginó que la GS ya era parte de una historia que era preferible olvidar y se lanzó despreocupadamente a la búsqueda de sustituciones que ocuparan las frondosas burocracias estatales organizadas a la sombra de una amenaza que llegó a preocupar a buena parte de los estados no socialistas.

La reflexión política que se hizo fue primaria, pero al mismo tiempo seductora por su sencillez y abrió paso a un falso silogismo. La GS, que se propago por más de 70 años, era propiedad intelectual registrada del ML. Los jerarcas rojos del Kremlin la gestaron, la cultivaron, y la expandieron a importantes regiones del planeta con señalado éxito. Al estallar la frágil economía de la Unión Soviética a fines de los '80s, las GGSS promovidas por el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) perdieron su sustento principal y sus efectos terminaron esfumándose (Europa oriental), están en vías de desaparición (Cuba), o experimentan cambios sustantivos (China). En consecuencia, razonaron muchos dirigentes políticos, la GS pertenece a un pasado amargo de la humanidad. Fueron pocos los analistas que se preguntaron si la GS verdaderamente era un estilo de conflicto “inventado” por el ML soviético, o si ese mismo modelo podía renacer con otra ideología y efectos parecidos.

Tenemos que aceptar que la GS promovida por los comunistas, cuyos resultados destructivos sufrimos en carne propia en las décadas de los '60as y '70as, tuvo una evolución asombrosa al amparo de una conducción profesional poco común. Vladimir Ilich Ulianov, más conocido por Lenin, estaba convencido que los conocimientos militares también le permitirían resolver problemas sociales históricos, pero para ello no podía confiar en las masas a las que quería arrastrar con sus ideas. Lenin, para quien la paz no era un fin en sí misma, reconoció la necesidad de recurrir a fogueados profesionales revolucionarios para llevar adelante su conquista ideológica. Ese concepto de fomento de la revolución ML mundial fue respetado prolijamente por los directores de la guerra revolucionaria (GR), una guerra que sí correspondía a la paternidad del PCUS. Ese conflicto, que dominó la escena mundial entre 1917 y 1989, se basó en una doctrina que compendia una suma de acciones planeadas por los ideólogos ML y realizadas simultáneamente en todos los campos de la actividad humana. Esa guerra fue conducida en regiones diferentes por las dos grandes potencias rojas (URSS y China Popular), que aspiraban a concretar la implantación de la dictadura del proletariado, y la cual, en algún momento del futuro, posibilitaría la organización de una utópica sociedad sin clases basada en una filosofía materialista, y la desaparición de un Estado superfluo.

<sup>1</sup> Nota de *Airpower*, otoño de 1996.

Esa fue la guerra que planearon y condujeron los ideólogos del ML, pero para hacerla realidad recurrieron a un método que les permitía encubrir su participación en la dinámica de la contienda, y que facilitó la intervención sin dejar demasiadas evidencias materiales de culpabilidad. Si bien todo el mundo conocía que la URSS y China colaboraban en los conflictos focales, donde los MLs luchaban para derrocar a los gobiernos locales y ocupar el poder con vistas a imponer los clásicos objetivos de la revolución comunista (dictadura del proletariado – sociedad sin clases – desaparición del Estado), no era fácil probar públicamente una participación directa de las fuerzas de estas dos potencias.

La revolución se extendía mediante la aplicación de la GS, una estrategia que no era producto de la inventiva de los comunistas, aunque los profesionales revolucionarios la habían adoptado, acondicionado y perfeccionado hasta alcanzar una calidad procesal notable. Este método de hacer la guerra ya había sido puesto en práctica por la sociedad criolla americana de manera rudimentaria y sin profesionalismo pero con un auténtico entusiasmo y valor para obtener la independencia nacional, y cuando los españoles tuvieron que combatir contra las fuerzas francesas de José Bonaparte en 1808, por sólo citar dos ejemplos históricos. Si bien sus protagonistas recurrieron a procedimientos característicos de la GS, no tuvieron ningún punto de contacto con el ML.

Los jefes del comunismo moderno vieron que la GS se ajustaba a sus necesidades como un guante a la mano, puesto que los objetivos de la GR y los procedimientos de la GS revelaban una sorprendente afinidad. Por eso no tuvieron dificultades en desarrollar una y otra. Solamente tuvieron que conciliar organizaciones y procedimientos a los particularismos de los países donde se desarrollaba el conflicto. Por lo tanto no es de extrañar que se confundiera a la GR con la GS, ya que esta última era impregnada por la ideología comunista, fundamento filosófico de la GR. Por lo tanto podemos definir a la GS como la desarrollada en el interior de un territorio gobernado por una autoridad de hecho o de derecho, considerada como enemiga por una parte de los habitantes. El sector rebelde puede ser reforzado o no desde el exterior, y su propósito es quitarle el dominio político efectivo al sector gobernante con un fin ulterior determinado.

## **La GS como método**

Así como lo ha sido la guerrilla (guerra pequeña o con fuerzas escasas) desde tiempo inmemorial —no fueron una invención de los MLs—, la GS es un método al alcance de los más débiles para llevar adelante una acción ofensiva contra objetivos muy importantes. Como es de imaginar, la esencia de este conflicto es el proceso subversivo, que a su vez le presta el nombre. La subversión, una acción destructiva de índole preferentemente moral, consiste esquemáticamente en la transferencia psicológica de un universo determinado a otro distinto, y se lleva a cabo en el interior de los individuos o grupos humanos.

Para que este proceso subversivo se concrete, es imprescindible la existencia de dos universos culturales o cosmovisiones que entren en conflicto. En la confrontación, una de las partes intentará mantener a cada individuo dentro de su propio universo, mientras que la otra recurrirá a todos los medios, inclusive a aquéllos que ética y moralmente sean objetables, para producir la

trasferencia psicológica subversiva. Con sólo examinar superficialmente el tenor de esta lucha, nos damos cuenta que en una GS se arriesgará la vigencia del sistema de valores al que adhiere libremente una comunidad. La preservación de la cultura voluntariamente aceptada o su invasión dependerá de la naturaleza y calidad de la resistencia —conocimiento del problema, procedimientos, fuerzas empleadas, sistema de valores propios, convicción, voluntad, conducción, etc.— que se le oponga a la cosmovisión que intenta el desplazamiento. Lo más importante de la GS es reconocer que se trata de un método no convencional de hacer la guerra, y que no depende de una ideología en particular.

Si los MLs supieron desencadenar numerosos conflictos subversivos en lugares muy distintos del planeta, no fue porque la ideología comunista fuera una cosmovisión completa, eficiente y verdadera. Se debió a que recurrieron a profesionales revolucionarios, remplazando cantidad por calidad, y porqué los criterios objetivos fundados en lengua, historia, tradición, costumbres, comunidad y tierra natal fueron frecuentemente neutralizados por los subjetivos, basados en la nacionalidad y la libre aceptación de los anteriores. Al rechazar a estos últimos, los individuos pueden traicionar a su patria y no sentirse culpables. El caso de los guerrilleros que combaten en otros países olvidándose de su origen nacional es un claro ejemplo de esta fractura.

El comunismo supo explotar extensa y eficazmente las posibilidades que le abría la GS para combatir en países de muy variadas características culturales, como Perú, Angola, Cuba, Nicaragua, y la Indochina por ejemplo. Para ello recurrió a sagaces adaptaciones, sustituciones y engaños que convencían a los menos informados, inclusive a dirigentes políticos y comunitarios, y lo que no lograba por la convicción lo hacía por la fuerza y el terror científicamente administrados por profesionales formados en escuelas especializadas.

Por todas estas circunstancias, confirmamos que la GS no es una forma de guerra convencional en la que las fuerzas oponentes se identifican con claridad por su bandera, su territorio, sus armas y sus posiciones. Ninguno de estos factores es imperativo en la GS; más aún, hasta la violencia misma no es una condición sine qua non, puesto que la subversión se sustenta teórica y técnicamente en la movilización de la opinión pública, que forzosamente se orienta al reemplazo del universo preexistente. Luego, la GS no es necesariamente abierta (violenta) porque su evolución está determinada por la calidad de la resistencia ofrecida por el oponente.

Pero sucede que estas movilizaciones no siempre producen los efectos deseados por el actor subversivo. Cuando el sistema de valores que predomina en la sociedad atacada tiene un implante estable y exitoso, cabrá esperar un fuerte antagonismo al cambio y esa oposición sólo podrá ser vencida por el terror o la fuerza de las armas. Este es el modelo más frecuente que aparece en el mundo y que a veces es confundido como el único posible. La GS normalmente no excluye a sexos, edades o razas, ni suele estallar bruscamente como las convencionales. Necesita un cierto tiempo de incubación donde actúan preferentemente las organizaciones clandestinas, que se suman a las que pueden funcionar públicamente. Cuando aparecen los síntomas de una GS, es saludable recordar que el bando que la promueve es minoritario y, por lo menos cuantitativamente (recursos, militantes), está en inferioridad de condiciones.

Saber aprovechar a tiempo estas inapreciables ventajas iniciales puede decidir la conclusión exitosa del conflicto, pero para ello es indispensable reconocer el problema, su verdadera naturaleza y su no convencionalidad. Esto último es especialmente importante por cuanto implica que no se puede y no se debe combatir al enemigo subversivo con doctrinas convencionales.

Tampoco esta circunstancia debe invitar a los dirigentes políticos y militares a lidiar contra el oponente subversivo al margen de la legalidad. Graves errores cometidos en el pasado reciente por quienes estuvieron amparados por la legitimidad de la defensa, han merecido duros reproches públicos. Esa es una de las consecuencias indeseadas de no conocer con precisión el problema planteado por la subversión.

Hay que tener en cuenta que la GS se caracteriza por una profunda y amplia inseguridad, derivada de su naturaleza clandestina. La superposición geográfica de los oponentes desconoce las tradicionales retaguardias, verdaderos santuarios de otras épocas. Además, no siempre el adversario subversivo se identifica con uniformes visibles, y sus fuerzas se desplazan fluidamente porque no están aferradas a los equipos que caracterizan a las fuerzas convencionales, muchas veces dotadas con sistemas mecanizados y pesados. Por eso la logística general de las organizaciones subversivas es ligera y no requiere embarazosas concentraciones en lugares identificables.

En la GS el teatro de operaciones (TO) normalmente está determinado por las fronteras estatales. Esta realidad deviene de las características previas y por lo tanto hay que olvidar las subdivisiones propias de los TTOO convencionales, donde se asignan áreas de responsabilidad a distintas organizaciones militares y civiles. Por último, es común que la subversión no haga discriminaciones humanas ni sociales. Cuando se trata de reemplazar un universo cultural por otro, una cosmovisión del mundo por otra, todos se convierten en actores y la clásica línea de contacto de las zonas de combate es una mera separación ideal que no coincide con ninguna realidad material. En una GS, sin importar el tipo de ideología que la aliente, nadie queda marginado ni puede declararse neutral porque toda la sociedad es objeto del interés de la organización subversiva.

Estas circunstancias se dieron sistemáticamente durante el prolongado período de la GR comunista. Quienes creen que la metodología de la GS ha desaparecido con los MLs, cometen un grave error al ignorar su verdadera entraña. Basta con reemplazar la cosmovisión ML por otra suficientemente consistente y convincente, y se podrá emprender una nueva GS con una bandera distinta. Podemos adelantar que hoy, lamentablemente, ya existen indicios firmes de que hay una nueva GS mundial en marcha, basada en un ideario diferente al que vimos en el lapso 1917–1989. Ya volveremos sobre este punto.

## **Que nos cabe esperar**

Con la simbólica caída del Muro de Berlín, un viento de euforia recorrió el mundo. En este momento no nos interesa reiterar aquellos sucesos que han sido evaluados hasta el agotamiento, sino simplemente recordar hechos oportunos para nuestro razonamiento. Al quedar los EE.UU. como única potencia “gendarme”, sus dirigentes políticos anunciaron el estreno de un nuevo mundo signado por la paz y el orden. Por lo tanto había llegado el momento de recortar los gastos para la defensa, dándoles prioridad a los económico–sociales.

Sin embargo, la disolución del Pacto de Varsovia (infraestructura militar del comunismo formal) y de la URSS (infraestructura política del ML formal) dio motivo a una tremenda desorganización que se trasladó a las regiones cercanas (Balcanes) y a la generación de una situación

que estaba muy lejos del “nuevo orden” soñado por George Bush. Ese fue el resultado visible de un terremoto que desmoronó un estado de cosas que, para bien o mal, se había conservado relativamente estable por más de 70 años.

Mientras tanto, desde 1979 había comenzado a hervir una caldera en el torturado pero inmensamente rico Medio Oriente y a lo cual, comunistas y no socialistas, enzarzados como estaban en sus propias rencillas, no le concedieron la debida atención. En Irán, un régimen monárquico absolutista fue desplazado violentamente por una revolución teocrática que enarboló al tope, como no sucedía desde hacía mucho tiempo, la bandera de un Islam fundamentalista, extremo, tajante e intolerante. En el fondo, ese movimiento religioso disimulaba un espíritu de revancha y el deseo de establecer un poder tan irrestricto como el anterior, indispensable para instalar otro estado igualmente absoluto pero regido por leyes entroncadas en el Islam que sobrepasaban las sabias y prudentes recomendaciones mahometanas. Ahora, una multitud de clérigos y fanáticos islámicos sostiene a este nuevo Estado en un país tan viejo como la historia misma, donde las leyes religiosas han sustituido al derecho positivo para impulsar a una flamante “dictadura de los creyentes”. Este Estado teocrático, de la mano de los “elegidos” —el estamento clerical encabezado por un líder religioso (Wali Faqih)— ha proclamado una moderna “guerra santa” (jihad) contra los infieles. ¡Curiosas coincidencias con lo acontecido seis décadas antes en Rusia!

Por entonces se planteó la confrontación entre la burguesía y los obreros; ahora se entabla entre creyentes e infieles. Los bolcheviques se declararon la elite revolucionaria que estaba destinada a destruir un mundo injusto y a levantar otro ideal donde todos fueran iguales —pero comunistas—, sin que un Estado devorador los oprimiese; en Irán la clase clerical también encabezó, como autoproclamado grupo elegido, el movimiento para derribar a la monarquía con el fin de reemplazarla por la república islámica. En la URSS, el PCUS anunció que era la vanguardia del proletariado con derecho a conducir las masas obreras hacia su propia reivindicación; en Irán, los clérigos asumieron per se, la responsabilidad de conducir a los fieles musulmanes hacia un nuevo mundo islámico ortodoxo, pero cuyas reglas no necesariamente siguen los conceptos del Corán. Las semejanzas son demasiadas como para no sospechar que estemos en presencia de una cosmovisión que ciega y fanáticamente pretende expandirse mediante una nueva GS a escala mundial. Al fin y al cabo, la metodología está disponible (la máquina) y basta con inyectarle la ideología adecuada (el combustible) para que la temible estructura comience a avanzar. Pero esto no es todo. Se engañan quienes suponen que solamente estamos frente a una mera especulación teórica. Existen pruebas fehacientes de que esta GS de cariz religioso es una realidad concreta con la que el mundo tiene que enfrentarse orgánicamente para que no se repitan las trágicas historias de un pasado aún fresco.

Como se advierte, hay considerables diferencias entre las conducciones centrales del comunismo revolucionario que anidó en la URSS y del fundamentalismo que hoy se concentra en la histórica Persia. El ML avanzó de la mano de los revolucionarios profesionales que supieron montar una infraestructura doméstica e internacional que probablemente no se llegue a repetir jamás. El fundamentalismo islámico es conducido por una clase clerical más intuitiva que ordenada y ordenadora, con corrientes internas que debilitan su acción exterior, y con una economía que ni aun las valiosas exportaciones petroleras pueden nivelar. Pero el fanatismo de estos jefes político-teocráticos puede llegar a compensar por lo menos en parte las deficiencias radicadas en la calidad del liderazgo.

Al igual que la desaparecida revolución comunista, los fundamentalistas islámicos no se han autofijado plazos temporales para imponer el dominio territorial y religioso. ¿Estamos frente a una nueva “estrategia sin tiempo”, que tan bien supieron administrar los MLs? Nos atrevemos a decir que sí, y de confirmarse esta presunción, nuevamente estaremos ante un peligro que excede lo puramente regional. También los bolcheviques, cuando dominaron el gobierno de la Rusia imperial, constituían un grupo nacional que carecía de fuerzas para convertir en realidad el sueño de Trotsky (la revolución mundial). Pero los años pasaron y la historia nos dice que poco a poco ese grupo de ideólogos supo como organizarse, fortalecerse, y comenzar a exportar sus ideas y su revolución, muchas veces acompañados ingenuamente por dirigentes democráticos que luego eran devorados sin vacilación por el monstruo rojo. También el ayatollah Ruhollah Khomeini llegó de un dorado exilio parisién para hacerse cargo de un Estado desgarrado por las contradicciones internas y la irritación de un pueblo insatisfecho —¿no es parecido a lo sucedido con Lenin?—. Diecisiete años después nos encontramos con un Irán constituido en bandera del fundamentalismo musulmán, que se está armando aceleradamente en base a un presupuesto con marcadas tendencias al gasto militar y la irónica complicidad de quienes pueden resultar sus primeras víctimas.

Buena cantidad de las armas recibidas en los últimos tiempos proceden de China y de algunos estados de la CEI (Comunidad de Estados Independientes). Por lo menos cuatro países que previamente estaban dentro de la federación soviética albergan a una población abrumadoramente musulmana —más de 80 M de individuos— y por lo tanto tienen una importante afinidad religioso-cultural con los iraníes.

De ganarse las simpatías de esas masas humanas, el Estado teocrático podría expandirse ideológicamente de un modo que desequilibraría a toda la región. Al mismo tiempo, Irán es un vecino declaradamente inamistoso de las monarquías del Golfo Pérsico, de Iraq, de Egipto y de Israel. El progresismo fundamentalista hoy ha echado pie en Libia, Líbano, Sudán y Argelia, con distintos grados de profundidad y fuerza. Lo importante es que el islamismo ortodoxo se ha convertido en otra ideología, en este caso de base religiosa, que ha desencadenado una nueva GS desde años antes que la URSS se disolviera. Es interesante observar como el mundo, atrapado por las imágenes más predecibles y familiares del comunismo internacional, le concedió una tibia atención a este fenómeno porque posiblemente le atribuía una corta vida por la inexperiencia política de los conductores y la falta de una infraestructura revolucionaria sólida al estilo comunista.

Los dirigentes occidentales hace tiempo que se olvidaron de los lejanos días de las Cruzadas y sus consecuencias, la invasión del sur de Europa por los “moros”, y sobre todo, del poder influyente incrustado en ese fanatismo religioso que se ha mostrado capaz de reclutar a centenares de modernos “kamikases” que no utilizan aviones para inmolarsse en nombre de Alá, pero causan decenas de víctimas inocentes en actos de terrorismo sistemático. Otra prueba pública de esa intolerancia ideo-religiosa es la condena a muerte emitida en 1989 por el ayatollah Khomeini contra el escritor de origen hindú Salman Rushdie, autor del libro *Versos Satánicos*. A pesar de una recompensa de US\$ 2.5 millones, ofrecida por Irán, la condena aún no se ha cumplido en virtud de una costosa protección brindada principalmente por el gobierno del Reino Unido porque Rushdie tiene pasaporte británico. Ante este cuadro, sería bueno que el mundo reaccionara para:

- 1) defenderse de estos ataques, que inesperadamente ya se han realizado también en la Argentina dejando un triste e indiscriminado rosario de víctimas;
- 2) analizar cuidadosamente el sustento y la trama de esta nueva GS, no convencional que golpea cada vez con más fuerza al mundo no islámico;
- 3) no cometer los mismos errores observados cuando se intentó frenar al ML internacional; y
- 4) montar un sistema defensivo de carácter multinacional que responda inteligentemente a esta amenaza no convencional.

## Los procedimientos

Por ahora, los líderes fundamentalistas tienen que actuar en base a operaciones encubiertas. Es decir, están realizando el primer período de la GS —clandestinidad—, porque carecen de fuerzas convencionales locales para desafiar frontalmente a los gobiernos nacionales en los otros países adonde intentan exportar su revolución ideo-religiosa. En la primera fase de este período —infiltración y despliegue— los grupos subversivos islámicos acentuaron el reclutamiento entre los creyentes más fanatizados, mientras procuraban penetrar horizontal y verticalmente en las sociedades laicas tradicionales. En esta fase, las agrupaciones político-religiosas se organizaron como guerrillas que iniciaron actos de terrorismo identificados por su agresividad y encarnizamiento.

En aquellos Estados islámicos (Argelia, Egipto) donde los fundamentalistas han logrado instalarse, están emprendiendo la segunda fase de la GS teórica —consolidación y desarrollo— que coincide con el ejercicio de una violencia creciente contra las organizaciones gubernamentales, las entidades sociales intermedias, las FF.AA. que sostienen al gobierno legal, y principalmente contra comunidades y empresas de los estados occidentales, que para los sicarios islámicos representan al diablo que tienen que destruir. El ataque directo contra estos objetivos o al amparo de la astucia califican a esta fase de desarrollo, que poco se diferencia en lo instrumental de la GS que supieron emprender las huestes ML regionales. Naturalmente, hay diferencias entre las motivaciones de la GS roja (ideo-política) y la GS islámica (político-religiosa), pero podríamos afirmar que los procedimientos operativos tienen una dramática similitud.

Es principalmente en esta fase cuando la actividad terrorista, típica de la acción subversiva, comienza a acrecentarse aprovechando el fortalecimiento orgánico interno y los israelíes, norteamericanos, europeos, argelinos, egipcios y hasta nosotros, los argentinos, ya hemos sabido de sus efectos. El terrorismo, arma infernal preferente de los procedimientos subversivos en general, es más peligroso en este caso porque los modernos “kamikazes” musulmanes no vacilan en entregar su vida irracionalmente con tal de causar daños al enemigo infiel. La convicción de que los “mártires” gozarán de la protección de Alá es una razón válida para morir.

La acción del terrorismo individual es complementada en esta fase por la intervención de pequeños grupos guerrilleros apoyados por organizaciones musulmanas radicales (Hezbollah, el Movimiento de Resistencia Islámica Hamas, Frente Islámico de Salvación, Hermandad Musul-

mana y otras de menor entidad), que cuentan con el sostén logístico y financiero de Irán. En los países atacados con mayor frecuencia, la subversión islámica intenta organizar infraestructuras locales que actúan como las citadas. Aunque estos grupos —ya operantes en Argelia y Egipto, por ejemplo— no han llegado a reunir fuerzas suficientes para actuar en forma abierta como lo indica la teoría de la tercera fase de la GS —violencia sistemática—, son capaces de utilizar procedimientos terroristas extremadamente sangrientos causando numerosas bajas, la mayoría de las veces contra la población inocente. Pero nadie puede descartar que en poco tiempo tengamos un ejemplo de esta naturaleza en algún Estado árabe donde se podría llegar a instalar otra teocracia al estilo de Irán. Esa situación podría darse con mayor probabilidad en Argelia, donde las FF.AA. y el gobierno preexistente impidieron en 1990 que el Frente Islámico de Salvación proiraní, ganador de las primeras elecciones multipartidarias desde la independencia (1962), ocupara legalmente el poder.

Sudán, por ejemplo, simpatiza abiertamente con los iraníes, pero por una tremenda diferencia de potencial no constituye un riesgo extremo para Egipto a pesar de las fronteras comunes. No obstante, no cabe duda que allí los fundamentalistas egipcios cuentan con una valiosa base de apoyo. Si por ventura Egipto llegara a caer en manos de los fundamentalistas, Israel y todo Occidente se verían enfrentados a una situación estratégica inaceptable. Pero para que se diera esta situación, los extremistas tendrían que desarrollar la cuarta —creación de zonas liberadas— y quinta fases —insurrección general— de la GS, que por el momento son dudosas. Claro que todo dependerá de la reacción gubernamental en las naciones agredidas. Mientras tanto, el mundo “infiel” tiene que prepararse para neutralizar una campaña cada vez más sanguinaria de terrorismo selectivo y sistemático o generalizado, que si bien causa una penosa cantidad de víctimas, también incentiva una actitud de enérgico rechazo a las entidades e ideas subversivas.

En esta GS no tenemos que olvidar las costosas experiencias reunidas cuando los MLs actuaban con libertad de acción en gran número de naciones. Muchos de esos gobiernos intentaron combatir a los militantes rojos, profesionales del terror, con legislaciones, organizaciones y métodos para reprimir a los delincuentes comunes. Los militantes subversivos, más allá de la ideología que los alienta y aunque operan al margen de la legalidad, no son delincuentes comunes. El ladrón, el estafador, o el asesino actúa por intereses personales; el subversivo lo hace en nombre de una comunidad ilegal, generalmente de ideas radicales, a la que dice pertenecer como si fuera una familia, una raza o una nacionalidad.

La GS debe ser combatida con la ley en la mano, pero esa legislación debe ser acomodada a la naturaleza de la amenaza, buscando efectos rápidos, categóricos y ejemplificadores. Los códigos penales y los tribunales de derecho común, habitualmente sancionan los desvíos de otra clase de delincuentes. Por eso han fracasado en el pasado durante la represión del extremismo ML en muchos Estados, y seguramente este resultado se repetirá si se vuelve a insistir con los criterios policiales ordinarios.

Queda así probado que la GS no era un metodología de lucha inventada por los comunistas. Es simplemente un modo de combatir utilizado por el bando más débil, pero más resuelto. Prescinde de una ideología en particular, aunque es un modelo de conflicto no convencional profundamente ideologizado. Por lo tanto está al servicio de cualquier radicalismo extremo que no vacile en recurrir a la marginalidad y esté dispuesto a operar apoyándose en criterios que nada tienen que ver con los derechos humanos, naturales y positivos. Cualquier grupo que adopte esta forma de guerra para tratar de imponer sus ideas por la fuerza puede ser derrotado, porque es el



bando más débil y generalmente sus apoyos intelectuales carecen de la fortaleza que otorga la verdad, pero para ello el agredido, normalmente el más fuerte, tiene que conocer qué es la GS y cómo se combate.

---

El comodoro José C. D’Odorico, Fuerza Aérea Argentina, fue piloto de transporte aéreo con más de 5.000 horas de vuelo habiéndose retirado del servicio activo en el 1975. Se especializó en el estudio de la guerra revolucionaria marxista-leninista y la guerra subversiva. Es autor de varios artículos sobre estos temas publicados por la *Air University Review*, edición en inglés y ha sido un buen colaborador del *Airpower Journal*, Edición Hispanoamericana. Actualmente ejerce el periodismo sobre defensa y actividades aéreas, contribuyendo artículos y comentarios a *Revista Aérea* (New York), *Armed Forces Journal Int.* (Washington, D.C.), *Interavia* (Suiza) y *Air & Cosmos* (Paris). Además es editor de la revista académica de la Escuela Superior de Guerra Aérea, Fuerza Aérea Argentina.

---

No debe entenderse que nuestra revista representa la política de la Secretaría de Defensa, la Fuerza Aérea de los EE.U.U. o la Universidad del Aire. Más bien su contenido refleja la opinión de los autores sin tener carácter oficial. Está autorizado a reproducir los artículos en esta edición sin permiso. Por favor, si los reproduce, mencione la fuente, *Airpower Journal*, y el nombre de los autores.